

derogables, pues éstas encauzan la posteridad y traducen sus con-sabidos vaivenes (Léase: contradicción y extrañamiento, casticismo e intercambio, relato y exégesis, mito y evidencia, pérdida y reencuentro.) Convengamos que, en cualquier caso, cuando se relacionan dos pueblos, pasa por sus libros contables la imagen que cada uno de ellos va construyendo del otro. En lo que a México concierne, este imaginario tuvo asimismo el valor añadido de «servir como referente -negativo o positivo según el discurso fuera liberal o conservador- en el complejo proceso de construcción de una identidad nacional mexicana». Así lo creen Sánchez Andrés y Figueroa Esquer, coordinadores de este volumen y analistas de ese ciclo inaugural.

Con puntual dedicación, cada uno de los autores congregados en dicha colectánea analiza diversos aspectos de las relaciones hispano-mexicanas durante el siglo XIX. El primer bloque de artículos lleva por título *La diplomacia y la creación del nuevo escenario bilateral*, y afronta la reinvenición de los vínculos entre ambos países. El texto de Agustín Sánchez Andrés detalla el trato hispano-mexicano desde 1820 hasta 1836. En sintonía con dicho análisis, Raúl Figueroa Esquer estudia el modo en que actuaron los prime-

ros consulados de España en México entre 1838 y 1848.

Bajo el rótulo *Las relaciones del México independiente con los restos del Imperio español*, el segundo tramo del libro se dedica a las conexiones que mantuvo el México independiente con los territorios del Virreinato que habían quedado bajo la soberanía española. Así, Andrés del Castillo Sánchez considera las relaciones comerciales entre México y Filipinas; Cutberto Hernández Legorreta repasa el impacto de la independencia mexicana en las islas Marianas; y Salvador E. Morales Pérez ubica en las Antillas españolas el dominio estratégico del conflicto hispano-mexicano desde 1820 hasta 1836. Completando el recorrido, Laura Muñoz Mata juzga, para mayor claridad, el modo en que Cuba actuó en la política exterior mexicana durante el siglo XIX.

Culmina la entrega el apartado que lleva por título *La construcción de un nuevo imaginario español en México*. Probablemente sea éste el trecho más interesante de todo el libro. El capítulo escrito por Marco Antonio Landavazo estudia la evolución de este-reotipo monárquico en la sociedad mexicana a comienzos del siglo XIX. Habilidadoso al escrutar defectos, el autor describe el modo en que este símbolo perdió

sus connotaciones positivas por culpa de Fernando VII. De forma complementaria, en el texto de Miguel Soto se introduce otro cliché pernicioso: la hispanofobia que cuajó en los planes de expulsión. A la hora de abordar ese ciclo de antagonismos, Tomás Pérez Viejo opta por la iconografía, y desmenuza, en términos más particulares, el imaginario que sugiere la pintura histórica de ambos países.

Del ajedrez disputado en el Congreso Hispanoamericano de 1900 extrae Aimer Granados jugosas conclusiones. Al final, dentro del recurrente escenario del Porfiriato, el artículo de Gabriela Pulido ordena los prototipos de lo español que triunfaron en el teatro mexicano.

Nadie olvida nada, Héctor Anabitarte Rivas, *Ediciones Impublicables*, Madrid, 2005, 192 pp.

Desde los despachos de la academia, los historiadores observan tendencias, interpretan gestos y rinden culto al pasado a título de ficción reforzada. Pero no conviene confundir memoria e historia. De ahí que las crónicas descarten la anécdota personal, por conmovedora que ésta sea. A

decir verdad, los índices bibliográficos desdeñan la intensidad afectiva. Historiar significa decidir, ordenar, elegir moralmente, pero el abolengo del género impide, en teoría, categorizar los particularismos con excesivo descaro. Mayor facilidad para escapar de esta asepsia tienen los impresionistas: los heterodoxos a quienes no pasan inadvertidas las infinitas posibilidades del sentimiento individual. Nos referimos a los insumisos que, hablando de batallas, no encuentran inmortalidad en la victoria y sienten una clara retracción ante el orgullo del victorioso. Son aquéllos, en fin, para quienes sería erróneo medir con benevolencia los méritos imperiales.

Frente al carácter mítico de esa historia, de ese ayer que se narra conforme a una suerte de verdades eternas, observadores como Anabitarte se suman al grupo de quienes rechazan el reglamento e inician un nuevo debate. De hecho, *Nadie olvida nada* pregona desde su rótulo la confianza de quienes no quieren que las cicatrices sean una cuestión de archivo.

Anabitarte no hace equilibrios para mantener su sello partidario. Como socialdemócrata no moderado —la definición es suya—, elige los combatientes y los caídos que le inspiran mayor simpatía. Y esta parcialidad es buena para la obra

en su conjunto, porque descubre sin timidez las casillas en las que entra y sale su autor. Está claro: el siglo XX de Anabitarte fue un tiempo revuelto, erizado de peligros y fracasos; un tiempo cuya deriva totalitaria nos persigue.

Contrario a los fanatismos amenazadores, este bonaerense propone como antídotos el diálogo y el recuerdo justo; dos virtudes necesarias —indispensables, quizá— a la hora de configurar los prestigios de un exiliado como él. Desde ese terreno, plantea, en su faceta de periodista, una vindicación de las víctimas frente al olvido. Resultado de ese proyecto es una acumulación gradual de interpelaciones o denuncias, aplicables a guerras, injusticias y calamidades de fecha bien diversa. La escritura, en este caso, es un privilegio de los supervivientes.

Quien se asome a estas páginas sabrá que Anabitarte no flaquea cuando toca defender, con cambiante matiz, razones sensibles. Baste visitar sus experiencias dentro del sindicalismo gremial, el Frente de Liberación Homosexual de la Argentina o el Comité Anti Sida de Madrid. La solidaridad sobrevuela su empresa y le sirve de excusa para ponerse del lado del lector. Un compadreo que sustenta, con gesto cordial, fuertes convicciones cívicas.

¿Por qué no me enseñaste cómo se vive sin ti? Diario de un corresponsal de TVE, José Manuel Martín Medem, *El Viejo Topo*, Madrid, 2005, 327 pp.

En la orilla española, la simpatía que inspira Castro es paradójica, pues liga a los sectores más reaccionarios de la izquierda y de la derecha. Véase que no escasean los tradicionalistas y castizos que, entre líneas, agradecen al dictador una revancha tardía: la de expulsar de Cuba a esos yanquis que antaño trituraron la maquinaria colonial hispánica. De este antiamericanismo también se apropian muchos izquierdistas de viejo cuño, cuyo apego por el Comandante es cuantificable mediante certidumbres piadosas. En su credo figura que el sistema cubano, a diferencia de lo que sucede en buena parte de Latinoamérica, garantiza servicios sociales como la asistencia sanitaria y la educación. Hay quien incluso recomienda la *democracia piramidal* de la isla, cifrada en las asambleas de barrio y de ciudad, e incluso en la burocratizada Asamblea del Poder Popular. No por azar, el bloqueo estadounidense conquista su pleno significado cuando los procastristas lo citan para justificar buena parte de los males que la isla padece. Frente a estos prejuicios y a estas inquinas, sirve de

poco apostillar que Cuba era la tercera economía de la América hispana en 1958 o que su sistema educativo aventajaba, ya por aquel entonces, al de sus vecinos. A modo de automatismo, la respuesta a tales objeciones sigue una lógica aparente: la Revolución liberó a los cubanos del neocolonialismo norteamericano, y la entrada de un sistema capitalista, desregulado y competitivo, sólo serviría para arruinar los últimos logros del internacionalismo proletario.

Fernando Savater engloba a quienes aprecian la dictadura cubana dentro de una categoría ocurrente: los llama nostálgicos de un «franquismo de izquierdas». Desde sus primeras páginas, la obra que comentamos se contrapone a tal censura y procura desmontar, con vena polémica, los muchos reparos que inspira el comunismo antillano. No sobra añadir que el autor, Martín Medem, defiende un nítido pacto doctrinario y aún sostiene esperanzas revolucionarias. De otra parte, hay una cualidad que le beneficia, y es que, si bien obedece a esas fidelidades, como reportero domina la intrahistoria cubana y el chisme local. Es un comentarista hábil: reconoce la represión y el cercenamiento del espíritu crítico en la isla, al tiempo que descubre un discurso retó-

rico, despegado de la realidad, en el viejo Conductor.

Sin embargo, ha encarado la redacción del texto con una consigna cuidadosamente elegida, a favor de esa revolución que se hizo «desde abajo y desde adentro» y frente a una «globalización bárbara». Si acaso, es lo que Martín Medem entiende por compromiso y dignidad herida: «Que Estados Unidos acusase a Cuba de terrorismo es como si el huracán dijera que los árboles le golpean —escribe—. El terrorismo de Estado y la complicidad con las dictaduras han caracterizado la política de ¡todos! los gobiernos de Estados Unidos contra América latina. Y Cuba padecía el terrorismo estadounidense en una variedad de modalidades que iban desde el bloqueo a los atentados contra Fidel Castro pasando por el intento de invasión y las operaciones criminales de la mafia de Miami».

No hay duda de ello: el fundamentalismo antinorteamericano produce, entre sus secuelas, un abuso de cuestionamientos radicales. Lo cual, entre los parámetros masivos, equivale a un ejercicio de estilo. Llamémosle doble criterio moral, teoría conspiratoria o franca animosidad. La consiguiente apostilla requiere signos de interrogación: ¿es justificable equiparar los abusos e imprudencias estadounidenses con la gue-

rilla globalizada o con la eficacia represiva de dictadores como Castro? Desde luego, el cotejo es descabellado, pero triunfa en la estadística popular de nuestro tiempo. El lector osado puede comprobarlo en este libro de Mar-

tín Medem, cuyos aportes a la escenografía cubana también admiten esa dogmática tendencia a la abstracción.

Guzmán Urrero Peña

TRADER HORN

(La película milagro)

HABLADA EN ESPAÑOL

4^a semana de llenos

en el **Tívoli**

Metro-Goldwyn-Mayer